

dos de Creta, ofrecían á Júpiter víctimas humanas; los lesbios á Baco; los focidios á Diana Táurica. Erechteo de Atenas y el romano Mario degtiellan á sus propias hijas, uno á Proserpina y otro á los dioses Averrumios. De este modo hacen ver los demonios cuánto aman á los hombres. ¡Y tales supersticiones encuentran sectarios! ¡Y no se aperciben de que éstos no son holocaustos, sino homicidios; de que ni el lugar, ni el nombre pueden alterar la esencia de las cosas; de que inmolar á Diana y á Júpiter es lo mismo que inmolar á la cólera, á la avaricia, á la venganza y á otros demonios de la misma especie; de que es completamente igual matar á un hombre sobre el ara ó en la encrucijada de un camino!»

Opone la idea del progreso á la estabilidad, que era el refugio del paganismo amenazado. «¿Direis acaso que no es lícito destruir los usos recibidos de nuestros mayores? ¿Y por qué no tornais á vuestro primer alimento, á la leche á que cuando acababais de nacer os acostumbraron vuestras nodrizas? ¿Por qué aumentáis ó disminuís los bienes paternos en vez de conservarlos tales como se nos han transmitido? ¿Por qué hemos renunciado á las cosas que hacíamos en la infancia? Nos hemos corregido nosotros mismos sin necesidad de maestros.

»Pero si en lo concerniente á esta vida pasajera no os mostrais celosos observadores de las instituciones paternas, ¿por qué no habeis de renunciar á una costumbre que sería mortal en lo más importante que existe? Habeis encañecido en el culto de las falsas divinidades; ¡legad ahora á rejuveneceros en el del Dios verdadero. Es un magnífico himno que el hombre entona á su Criador cuando consume obras de justicia, y en aquél resuenan todas las palabras de la verdad. Síga el ateniense las leyes de Solon, el argio las de Foroneo, el espartano las de Licurgo; pero si eres cristiano, el cielo es tu patria y Dios tu legislador. ¡Salud, ob luz bajada del cielo, más pura que la del sol, más amable que lo más dulce que hay en la vida! Quien la sigue conoce sus errores, ama á Dios y al prójimo, cumple la ley y alcanza recompensa. El Evangelio es la trompeta de Cristo; la ha llenado con su soplo, nosotros hemos escuchado su sonido; y cubriéndonos con la co-

raza de la justicia, con el escudo de la fé, estamos dispuestos á combatir el pecado.»

A menudo se ha abusado del precepto evangélico de pobreza, ora exagerándolo en la aplicación, ora considerándolo como funesto á la sociedad. Merece ser citada la explicación que da de él Clemente en el tratado que lleva por título: *¿Qué rico se ha salvado?* «Se cumple el precepto, dice, cuando se convierten las riquezas en materia ó instrumento de buenas obras. Indiferentes por su índole, no conviene censurarlas ni desacreditarlas sin motivo. Todo depende del uso que de ellas se hace. Tampoco hay por qué imputarlas los males que ocasionan, sino á las pasiones, á las inclinaciones viciosas que desnaturalizan los dones del Criador apartándolos de su uso, y que emplean en el mal lo que puede convertirse para nosotros en un manantial de méritos.»

No podemos pasar en silencio, entre otros apologistas, el nombre de Apolonio, mártir, que defendió la causa de la fé ante el Senado; de Dionisio, obispo de Corinto, que en diferentes epístolas explicó la doctrina católica y combatió la herejía, y de Taciano de Asiria, que fué discípulo de San Justino. Escribiendo contra los helenios, demuestra este último la vanidad de sus estudios; especialmente las contradicciones de sus filosofías, á las cuales opone la verdad católica sobre la naturaleza de Dios y sobre el libre albedrío. «Cuando algunos cínicos, manifiesta, cuyo único mérito estriba en ofrecer á los ojos una espalda descuidadamente cubierta, cabellos erizados, barba y uñas blancas, y decir que no necesitan de nada, reciben de pension hasta doscientas monedas de oro, ¿se pretenderá obligar á los cristianos á seguir la costumbre de los gentiles? Y se dedica á probar largamente que la virtud es incompatible con la idolatría, con los monumentos erigidos á las mujeres deshonradas, con la infamia del teatro, que revela los delitos envueltos en el manto de la noche; con la inutilidad de los atletas y la atrocidad de los gladiadores, expresamente mantenidos para divertir con la muerte. No siendo la filosofía de los cristianos solamente para uso de los ricos, se les escarnece sin justicia de que se detengan á discutir con niños y buenas mujeres. Taciano aspiró á enderezar la filosofía oriental hácia el sentimiento cristiano, conside-

rándola como infinitamente superior á la de los griegos, aunque viciada por la idolatría. Pero fué á veces muy lejos queriendo conciliar las emanaciones con el dogma católico; luego, por exceso de rigor, se extravió totalmente, condenando el matrimonio, declarándose contra los que comían carne y bebían vino. En esto consistía la herejía de los hidroparastatos.

También fueron combatidos los errores de la filosofía griega por Hermias (nacido en 120), que vivió en el segundo siglo, y las de los filósofos orientales por San Ireneo, apóstol de las Galias y obispo de Lyon, que fué martirizado á principios del siglo III.

Bajo el nombre de Dionisio Areopagita se han publicado muchas obras mal aplicadas por algunos al siglo V, puesto que ya Orígenes hace mención de ellas. Instruido en la filosofía oriental la representa el autor como transformada por el dogma cristiano, y sus libros sobre la *Gerarquía* y los *Nombres divinos* explican, en cuanto está al alcance del hombre, la generación del Verbo y de las ideas. En esto encontró la escolástica en la edad media un abundante medio manantial de discusiones.

Orígenes (185—250), natural de Alejandría, resplandece en primera línea entre los filósofos cristianos. Avido del martirio, cuya palma había alcanzado su padre Leonidas durante la persecución de Severo, visitaba á los presos, les acompañaba al tribunal y al suplicio sin asustarse de las vociferaciones del pueblo, ni de los castigos de los magistrados. Obligado á platicar continuamente con las mujeres para catequizarlas, se despojó de la virilidad, interpretando el Evangelio según la letra, á fin de no dar origen á maliciosas murmuraciones. Se dirigió á Roma anhelante de conocer su iglesia, y acabó por fijarse en Cesarea, donde concibió afecto á Ambrosio, su rico prosélito, y se puso á comentar la Santa Escritura; asistíanle siete sectarios á quienes dictaba otra tantas librerías, y algunas jóvenes que sacaban copias de sus obras. En la persecución de Decio fué encarcelado Orígenes y puesto en tortura, pero se le dejó la existencia con la esperanza de que sucumbiría, arrastrando á otros á imitar su ejemplo; no obstante permaneció firme, y dirigió á los demás fervorosas epístolas para exhortarles á la constancia. Cuando sobrevino la perse-

cución de Maximino se retiró al lado de una dama piadosa, sacando provecho de su rica biblioteca. En su casa compuso los *Exaplos* y la *Exhortación al martirio* dirigida á Ambrosio, que se hallaba preso; siguió después comentando los libros santos, apartando los apócrifos y coleccionando las partes auténticas; copió las diferentes traducciones en tres ejemplares: una de tres, otra de seis y otra de ocho columnas; luego la de los Setenta por separado, indicando con anotaciones interlineales lo que había añadido al texto hebreo. Escribió veinticinco libros sobre el Evangelio según San Mateo, y muchos sobre los pequeños profetas, de tal modo que al ver el bulto de sus obras sorprende que un sólo hombre haya podido componerlas, ni aun escribirlas.

Independientemente de tarea tan laboriosa, tenía conferencias con los fieles y discusiones con los herejes; además estaba en correspondencia con muchas personas, ora para disculparse, ora para dar consejos ó para dirigir consultas al emperador Filipo, ora para reanimar el fervor de los fieles, con especialidad, á fin de que no dejaran de asistir el domingo y el viernes á la lectura y explicación de los textos sagrados. El gobernador de la Arabia, y Mamea, madre del emperador Alejandro, quisieron oírle tratar del alma, y una multitud de discípulos permanecían á su lado desde la mañana á la noche. Benévolo con ellos, estudiaba su carácter, y después de haberles acostumbrado al raciocinio práctico, les acostumbraba á la lógica, enseñándoles á no admitir ni á negar las pruebas al acaso, á no pararse en las apariencias, á no asustarse de lo que tiene apariencias de paradoja; les instruía también en las matemáticas, les enseñaba la moral, no queriendo que se desvaneciera en vanos discursos, en definiciones y en distinciones superfluas, sino que indujera á meditar sobre sí propio desarraigando los vicios, fortificando la razón y engendrando la virtud. En último lugar venía la teología, para cuyo estudio les daba á leer todo lo que habían escrito los poetas y los filósofos griegos y bárbaros, escepto solamente aquellos que negaban á Dios y á la Providencia, persuadido de que es necesario conocer el lado fuerte y el flaco para preservarse de las preocupaciones, no someterse á la autoridad de

ningun filósofo en particular, sino á Dios y á los profetas. Esto es lo que nos enseña Gregorio Taumaturgo, el más célebre de sus discípulos.

La obra de Orígenes, que produjo los resultados más útiles, fué su escrito contra el epicúreo Celso, que en tiempo de Adriano había compuesto un *Discurso sobre la verdad*, en que combatía á los judíos y á los cristianos; se vanagloriaba de haber leído sus libros, en los que hallaba motivos de desden y de calumnias, en lo que fué miserablemente copiado por los pretendidos filósofos del siglo XVIII. Orígenes confirmó la religion, ménos con auxilio de argumentos que con hechos; discutiendo las profecías sobre los milagros de Jesucristo, que no negaba Celso, si bien los atribuía á la magia, y sobre los que se renovaban frecuentemente en la Iglesia. Le oponía especialmente el cambio de las costumbres, la continencia, el celo por la conversion ajena.

Así como la escuela de Alejandría había propendido á absorber el cristianismo en su filosofía universal, aquel Leibnitz de los primeros siglos pretendió adaptar el platonismo á la religion cristiana. Buscó un doble sentido á las relaciones evangélicas, suponiéndolas uno místico; queria que contuvieran á la vez dos verdades, una histórica, otra moral, primer paso hácia la escuela protestante de los modernos Exegetos de la Alemania.

Viajando por la Acaia para apaciguar las herejías, fué ordenado sacerdote; pero cuando se supo que era eunuco, y excluido de consiguiente de las sacras órdenes por los cánones, se suscitó gran murmullo entre los fieles. Este motivo, y tambien algunos errores diseminados en sus escritos, determinaron (251) á Demetrio, obispo de Alejandría, á prohibirle en nombre de un concilio enseñar y residir en aquella ciudad; hasta le declaró depuesto y luego excomulgado.

Orígenes se descarrió notablemente en un tratado *De los principios*, en que negando la dualidad del principio de las cosas, sostiene que Dios es bueno é inmutable, libres las criaturas y capaces del bien como del mal; pero va más allá en las consecuencias, pretendiendo que proviene de su mérito la desigualdad de las criaturas. Dios, criador necesario porque el

omnipotente, Señor y maestro, debió criar desde toda la eternidad séres que le presten obediencia; produjo en un principio algo pasivo que fué el asunto de las formas, es decir la materia. En el origen vivieron los espíritus de la vida divina, como inteligencias perfectas habiéndose debilitado en la caridad posteriormente, abusaron de la libertad algunos y se condenó su esencia, lo cual les hizo caer en el estado de almas encarceladas en diversos cuerpos proporcionados á su demérito. Los ménos culpables animaron á los planetas, otros á los ángeles, otros á los hombres; de donde se sigue que la creacion entera es una gran caída, de la cual propende á levantarse pasando por diferentes estados, hasta que la misma materia sufra una trasformacion gloriosa. No teniendo las penas otro objeto que la corrupcion de aquel á quien son aplicadas, resulta de aquí la negacion de la eternidad del castigo.

Estos errores, de que abjuró quizá, fueron reproducidos más tarde por los arrianos, que no dejaron de apoyar con esta autoridad de sus nuevas sutilezas, y fueron entonces alternativamente sostenidas y refutadas. Aquel hombre de una vida irreprochable y que creyó siempre en la potestad de la razon, fué venerado por sus contemporáneos, que casi le consideraban como á un nuevo Platon. Le reputa la Iglesia como un de sus más ilustres doctores, y San Jerónimo no vaciló en llamarle el *Gran maestro de la Iglesia*, despues de los apóstoles; diciendo que estaria pronto á tomar sobre sí los errores que le imputaban, con tal de que poseyera su sabiduría.

Se habrá podido notar una diferencia entre los padres latinos y los padres griegos; pues aunque el Oriente hubiera transmitido al Occidente gran parte de su cultura intelectual, y recibiera de allí sus leyes y su gobierno, se diferenciaban no obstante en carácter, costumbres y creencia. Se servían de dos lenguas oficiales, y cada una de ellas tenía su literatura propia; adoraban á los mismos dioses, pero de diferente modo. Las personas ilustradas entendían pues predicar el cristianismo bajo la influencia de ideas distintas en Roma que en Nicomedia y en Alejandría; así fué combatido en estas diversas comarcas con armas diferentes. En parte había sido la lengua causa de que la metafísica y la

filosofía sublime jamás prosperaran en Roma, mientras que la sana inteligencia y el espíritu práctico se desarrollaron allí hasta el más alto punto en la legislacion. Los apologistas latinos conservan algo de la fiereza romana; tirantes, obstinados desdeñan humillarse y transigir con el enemigo, y hasta emplear contra él otras armas que las suyas propias; así descuidan las galas de la elocuencia, los recursos de la lógica, las reminiscencias de una literatura á que tenían aborrecimiento. Aún se hallaba floreciente en Grecia la cultura intelectual cuando apareció el cristianismo, lo cual hizo que encontrara allí enérgica resistencia. Muchos padres griegos habían pasado como San Clemente de una filosofía á otra, buscando un objeto á la vida, una regla á las acciones, hasta el momento en que con la misma intencion se aproximaron al cristianismo; había satisfecho su expectativa y habían, bajado al palenque ceñidos, á semejanza de David, con la espada del gigante.

Hasta el enemigo que unos y otros tenían que combatir era diferente. Roma, para quien la religion y el Estado son una misma cosa, no sabe condenar rigurosamente al cristianismo, sino declarándolo enemigo del género humano, es decir, del imperio; su génio legal decreta y mata, no discute; por su parte oponen rigor á rigor los apologistas; se contentan con exponer el dogma y atenerse á la letra escrita. Al revés los griegos se han visto arrancar las instituciones de sus antepasados sin dejarles más que el recuerdo de sus antiguas glorias; el gusto de la discusion y de las sutilezas se ha arraigado y connaturalizado entre ellos, y á esto se debe que fastidiados de examinar maduramente las añejas cuestiones sofísticas y metafísicas, se lanzan con avidez á lo que brinda nuevo pasto, más vital alimento. Pero los retóricos y los sofistas ciegame adictos á las doctrinas de escuela, consideran á los cristianos como innovadores insensatos y peligrosos, que rechazando las ideas unánimemente admitidas, y desconociendo la autoridad de la tradicion, sumen la conciencia humana en la incertidumbre. Así á la par que en Roma enviaban los magistrados á la muerte, examinaban y discutían los sábios de Grecia, lo cual obligaba á los apologistas á entrar en minuciosos detalles, á admitir la objecion capciosa, á batir en brecha las sutile-

zas paradójicas. Conociendo cuánto poder ejerce la libertad de la palabra, pedían sólo que en la discusion de la verdad no interviniera la fuerza.

Especulativo por su índole el génio griego, prendado de toda cultura intelectual, pregona los servicios hechos por la filosofía; organizador por esencia el génio romano, señala sus abusos y la declara inhábil para fundar un orden de cosas real y efectivo; tiende á establecer la sociedad espiritual y su gobierno por medio de instituciones. Por eso los papas se aplican especialmente á mantener y á desarrollar la constitucion cristiana, á moderar la vivacidad de los espíritus, hasta que todo lo que se enlaza con la fé quede completamente consolidado.

A veces los doctores griegos y latinos aparecen más anhelantes por derribar al enemigo que por ilustrarle, no teniendo por falta emplear argumentos y hechos que la crítica rechaza. No es, pues, difícil descubrir en sus obras algun lado débil, ó poner en ridículo la insistencia con que impugnan las objeciones pueriles; es señalar las exageraciones parciales á que arrastra toda gran lucha de doctrinas. Pero si no se tiene en cuenta la clase de enemigos á quienes tenían que combatir, se les podrán dirigir todavía más censuras, y especialmente la debilidad, cuando se sirven de armas adecuadas á sus adversarios. Entre éstos, unos lo niegan todo al estilo griego; otros á la oriental se fundan en ciertas tradiciones antiguas cual lo hicieron los protestantes del siglo XVI, que por oposicion á los católicos, combatían á toda autoridad, al paso que pretendían establecer una para su peculiar uso. Convenía, pues, á los padres probar á los racionalistas griegos que no era posible llegar á la verdad con la filosofía independiente; á los orientalistas que reposaba sobre la autoridad de la tradicion el cristianismo y no el paganismo. Se necesitaba, pues, recurrir á un sistema de argumentacion diferente; si no se presta atencion á aquellos contra quienes se debía hacer uso de este sistema, es fácil decir que el uno ó el otro era importuno.

Pero la filosofía que contempla las cosas bajo el aspecto más lato, ve á los padres de la Iglesia abrir el camino de la sociedad moderna, aun colocándose en el terreno de la antigua. Combatiendo ésta ponen de manifiesto sus secretos

y sus debilidades; revelan las vacilantes y contradictorias bases en que se apoya; al geroglífico oriental sustituyen el racionalismo cristiano, que en su majestuosa carrera lo abarca todo, y nada aventura sin probarlo; rasgan el velo de los oráculos, de las iniciaciones, y muestran la ignorancia del hombre acerca de las verdades más necesarias á su conducta, más caras á su corazón, más dulces á sus esperanzas.

Suyo fué el triunfo. Desde aquel tiempo cesaron los reyes de condenar á muerte á los cristianos, aunque no dejaron de combatirlos; aún forma el voto de las personas honradas la libertad de conciencia tal como Tertuliano lo pedía, no solo para el Senado, para una ciudad ó para una nación, sino para todo el universo. Han caído en olvido las cuestiones debatidas por ellos; pero lucharon en favor de nosotros plebe sin leyes, sin fuerza, sin divinidad; á fin de que no fuéramos ya esclavos en los ergástulos, ó pasto de los leones, para diversion del pueblo rey, ó juguete de los sofismas de los filósofos y de los insolentes caprichos de los dominadores. Lucharon para que pudiéramos poseer el sentimiento de nuestra igualdad, y proclamarla como un derecho hasta que el tiempo la sancione y consagre como tal.

CAPITULO XX

Paz y constitución de la Iglesia.

Muchos años había que duraba la persecución comenzada por Diocleciano, cuando inducido Galerio, sin duda por su enfermedad, á mejores sentimientos, publicó tanto en su nombre como en el de Licinio y Constantino un edicto concebido en esta forma: «Entre el número de las más asiduas solicitudes que hemos dedicado al bien público, contamos la de restablecer las cosas conformemente á la antigua disciplina romana, y la de atraer á los cristianos que, despreciando presuntuosamente las prácticas de la antigüedad, habían abandonado la religión de nuestros padres, y obstinándose en ciertas ideas, se daban leyes á su capricho y se reunían en lugares diferentes. En ejecución de uno de nuestros edictos, que intimaba á todos no apartarse de las reglas de sus padres, han padecido muchos de ellos y otros han falle-

cido. Viendo, no obstante, que la mayor parte persisten en su opinión obstinadamente, de manera que no quieren rendir á los dioses el culto que les es debido; por un efecto de nuestra clemencia y de la costumbre que siempre hemos tenido de hacer gracia á todos, les permitimos profesar libremente sus opiniones particulares y congregarse en sus conventículos, sin miedo de que se les perturbe, con tal de que conserven el debido respeto á las leyes y al gobierno establecido. Esperamos que nuestra indulgencia impulsará á los cristianos á rogar á Dios por nuestra prosperidad y salud, y por la de la república.»

Todavía se trata aquí con desden la opinión poco antes perseguida, si bien á lo menos es tolerada. Entónces salen los confesores de los calabozos y de las minas, aquellos que han delinquido harán penitencia; tornan á sus hogares los fugitivos, y pueden todos profesar libremente su fé y su culto.

Sin embargo, á instancias de los paganos de Antioquía, Maximino restringió en un principio la libertad de los cristianos, luego comenzó otra persecución nueva, no sólo entregándolos á los tormentos, sino publicando blasfemias atribuidas á Cristo y á sus sectarios. Aunque por un efecto de la soberana clemencia no debieran los cristianos ser condenados á muerte, sino sólo mutilados de alguno de sus miembros, acontecía más de una vez que los ejecutores no temían excederse.

Al revés Constantino mereció el nombre de Grande por parte de todo el que honra á un príncipe en virtud de admitir ideas nuevas, combatidas vanamente durante mucho tiempo. Acaso ignoraba entonces las doctrinas cristianas; á lo menos es cierto que distaba mucho de ajustar á ellas sus acciones. En 308, después de su victoria sobre los francos, rinde gracias á Apolo, á quien hace magníficas ofrendas. Eusebio, su eterno panegirista, cuenta que á su partida con dirección á Italia se puso á deliberar acerca del Dios que escojería, y que después del milagro del *Lávaro*, envió á buscar doctores cristianos para ser instruido por ellos. Pero tenía delante de sus ojos el ejemplo de la piadosa Elena, su madre; y el de su padre, que toleró á los cristianos y les brindó asilo aunque por condescendencia á Diocleciano

les vedara la pública profesión de su culto. Por otra parte cuando sus rivales aspiraban á granjearse el favor popular secundando los furoros de los gentiles, la política aconsejaba á Constantino apoyarse en los cristianos, ménos numerosos, si bien dotados de juventud y de aquella fuerza que anima á los reformadores. Ahora bien, un espíritu hábil podía vaticinar que acabarían por arrástrar en su ímpetu la inercia pagana, y quedarían en pié sobre los escombros de la idolatría. Constantino, que les conocía por haberlos visto de cerca, no podía temer su ambición, ni los delitos de que se les acusaba por boca de los que juzgaban apoyándose en falsos rumores, ó cediendo á las inspiraciones de la ira.

Eusebio ha intentado representar la lucha de Constantino contra Licinio como una religión; pero en realidad cada uno de los dos emperadores aspiraba á reinar solo; aunque Licinio excitara á los suyos contra Constantino, presentándole como peligroso para los ritos paternos y la constitución antigua. Lidieron de consiguiente, y triunfante Constantino, hizo brillar sobre la cruz la aureola de la victoria,

Pero el paganismo tenía por puntales los sacerdotes, la aristocracia, los cuerpos municipales que habían provocado la persecución á menudo, una porción de magistrados y de generales. Roma, á la que permanecían enlazados muchos personajes de alta categoría por el recuerdo de los antiguos arúspices y por la larga sucesión de sus pontífices, por un dócil impulso de los libertos y los esclavos, era considerada como glorioso centro de la religión. Para el vulgo las ceremonias del culto, los juegos, servían de ocupación y de recurso más bien que de divertimento. Acudía desde las provincias la flor de la juventud á aquella sentina de todas las supersticiones, como la llama San Jerónimo, y adquiría en los templos, en los teatros, en las escuelas, ódio al nombre cristiano. Ya era, pues, mucho que el emperador tolerara la nueva religión concediéndola una libertad igual á la del antiguo culto, sin correr súbito las eventualidades de un cambio que hubiera trastornado el Estado.

No obstante, á fin de preparar los ánimos descuidó algunos ritos nacionales; no celebró los juegos seculares en 314; no estorbó que se

celebraran los juegos capitolinos, á que hubiera debido asistir rodeado de los pontífices y del Senado, á la cabeza del ejército, pero hizo mofa de ellos.

Mucho horror debía inspirar á los romanos aquella conducta de un sucesor de Augusto poniendo á la par con el culto romano una religión poco antes proscrita, eximiendo á los sacerdotes cristianos de las cargas municipales como lo estaban los de las divinidades nacionales (319), y prohibiendo á los ciudadanos trabajar el día del Señor, á los jueces y á los demás funcionarios ocuparse en otra cosa que en la emancipación de los niños y de los esclavos. Luego que Constantino se halló desembarazado de sus colegas y de sus rivales, y cuando la traslación del trono imperial á Bizancio le libertó de la recelosa oposición de los romanos, favoreció sin rebozo á los cristianos y colmó á la Iglesia de donativos. Viósele asistir en pié á las predicaciones de los obispos, presidir los concilios y tomar parte en las discusiones.

Háblase de una ley por cuyo texto prohibía el culto de los ídolos; pero sin duda concernía solamente á los desórdenes y á los sacrificios en las cosas particulares. Por lo demás decía en su edicto: «Consiento que los que aún están sumergidos en los errores del paganismo disfruten del mismo reposo que los fieles. La equidad de que se usará respecto de ellos y la igualdad de trato con unos y otros contribuirán á ponerlos en el buen camino. No se molesten uno á otro; escoja cada cual su culto como le plazca; tengan los que se sustraigan á vuestra obediencia, si tal les cumplé, templos consagrados á la mentira; no se inquiete á nadie por su creencia; el que goce de la luz aprovechese de ella según su poder para iluminar á los demás, si no lo consigue, déjeles en reposo. Una cosa es combatir para adquirir la corona de la inmortalidad y otra usar de violencia para obligar á alguno á abrazar una religión.» De consiguiente, lejos de declarar la guerra al paganismo, conservó á semejanza de sus sucesores el título de soberano pontífice, y en calidad de tal determinó el modo con que convenia consultar á los arúspices cuando caía un rayo sobre un monumento público; mandó cerrar (330) los templos cerca del Líbano y en Heliópolis de Siria, convertidos en foco de libertinaje; declaró